

Raíces
en el viento

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Enrique Peñalosa Londoño - Alcalde Mayor

SECRETARÍA GENERAL - ALTA CONSEJERÍA PARA LOS DERECHOS DE LAS VÍCTIMAS, LA PAZ Y LA RECONCILIACIÓN

Raúl Buitrago Arias - Secretario General de la Alcaldía Mayor de Bogotá

Gustavo Quintero Ardila - Alto Consejero para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación

Carlos Arturo Charria - Coordinador Centro de Memoria, Paz y Reconciliación

SECRETARÍA DISTRITAL DE LA MUJER

Ángela Anzola De Toro - Secretaria Distrital de la Mujer

María Victoria Niño Benavides - Subsecretaria de Políticas de Igualdad

Ana Paola Tinoco Cote - Directora de Derechos y Diseño de Políticas



Raíces
en el viento

Crónicas de mujeres víctimas del conflicto armado

Alcaldía de Bogotá



Raíces en el viento,
crónicas de mujeres víctimas del conflicto armado

ISBN (impreso):
ISBN (digital): 978-958-8411-54-5

Autoras

Alondra Errante, Blanca Romero, Diocelina, Esneda Tovar,
Kevin Pava, La Pecosá, Luz Puertas, María,
María Eugenia, Nancy Yamile Jaimes, Rosa Pava, Rosmira Jaimes Solano,
Sandra Quiroga, Sharit Kapera.

Ilustradores

Grupo Emprende, Manos a la obra Creación Literaria, Crea Villemar, Idartes.

Edición y compilación

María Fernanda Henao, Paula Sánchez Sánchez,
Martha Angélica Campo, Óscar Orjuela García.

Corrección de estilo

Alejandra Ruiz López

Revisora externa de los textos

Adela Katherine Higuera Girón

Diseño y diagramación

Carlos Andrés Almeyda, lecturascriticas@gmail.com

Equipo Laboratorio Crea

Óscar Orjuela García, Ramiro Borja Bernal.
María Helena Peña.



Agradecimientos especiales a Marcela Trujillo, Subdirectora de Formación Artística del Idartes, Leonardo Garzón Ortiz, Coordinador General del Programa Crea, Edwin Acero, responsable del Componente Pedagógico, al equipo de Artistas Formadores del área de Creación Literaria, encabezado por Constanza Martínez, al equipo de Laboratorio Crea, Helena Peña, Óscar Orjuela y Ramiro Borja, por hacer posible esta publicación.

Así mismo, queremos agradecer la colaboración de Carlos Mario Echeverry Zapata y César Augusto Bonilla Gómez, de la Secretaría Distrital de Integración Social, a Camila Andrea Gómez Guzmán, Carol Johana Rojas Duarte, Diana Carolina Ramírez y Keyth Camila Montaña, de la Secretaría Distrital de la Mujer, por su apoyo durante el desarrollo de este proceso, a John Rada Navarro, Lizeth Tovar Ordoñez y Mariana Sáenz Uribe, integrantes del equipo psicosocial de la Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación, por su invaluable apoyo para acercar a los niños y niñas del Crea Villemar a estas historias.

A todos, mil gracias.

Contenido

Presentación	9
Introducción	13
Crónicas de mujeres	17
¿Quién mandó a matar a mi hermano?	19
La historia de un presentimiento	25
Dejando sus quereres	31
Todo por mis hijos	37
De mi desplazamiento a la ciudad	47
El rescate de la finca	51
Amar la tierra y tener que dejarla	55
La mujer del saco rojo	61

8 Raíces en el viento



Los sufrimientos de la vida	67
Las injusticias de la vida	73
La triste historia de mi hermano	77
Crónicas de acompañantes	79
La marca del corazón	81
La maldición del abandono	85
Historia de mi vida	89



Presentación

La Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación, desde el año 2016, ha venido implementando los *Laboratorios de Paz* en las localidades de Usme y Sumapaz. Esta es una iniciativa institucional, contemplada en el Plan Distrital de Desarrollo 2016-2020, en la que se diseñan e implementan acciones orientadas a la construcción de paz y a la reconciliación con enfoque territorial, que tiene como base procesos de construcción colectiva con las comunidades locales.

En el marco de estas acciones, en el año 2017 se construyó junto con la comunidad de Usme una Agenda de Paz, la cual ha servido de ruta para guiar el trabajo del Laboratorio de Paz. En este ejercicio de la agenda, se realizaron propuestas relacionadas con la necesidad de propiciar narrativas que incluyeran la voz de personas de la localidad, y que facilitarían el impulso de procesos de perdón, reconciliación y construcción





de paz para integrar a distintos sectores de la sociedad, tales como las víctimas del conflicto y la ciudadanía en general.

En este contexto, surgió el proyecto “*Exprésalo con palabras*”, como una iniciativa en la que, a través de la literatura y el arte, un grupo de mujeres víctimas del conflicto que reside en la localidad de Usme realizó un proceso de escritura basado en algunas de sus vivencias respecto al conflicto armado, acción que, además de permitir un espacio para la construcción de sus memorias, les permitió reflexionar y sanar algunas de sus heridas, a partir del proceso creativo.

La realización de este proyecto contó con la participación de tres aliados determinantes. Por una parte, la Secretaría Distrital de Integración Social, que gracias a su amplio conocimiento del territorio, nos permitió conformar el grupo de mujeres que participó en el proceso. Por otra parte, la Secretaría Dis-

trital de la Mujer quién puso a su disposición un grupo de profesionales de distintas disciplinas, para realizar la propuesta gráfica de la convocatoria del proyecto, asesorar para que el enfoque de género estuviera presente en la implementación de la metodología, realizar una corrección de estilo que fuera respetuosa de la esencia de los textos escritos por las participantes y, en general, para impulsar el proceso en sus distintas etapas. Finalmente, otro de los aliados fue el Instituto Distrital de las Artes - Idartes, quién contaba con la Línea de Laboratorio del Programa Crea.

La línea de Laboratorio Crea, tiene como objetivo propiciar espacios de formación, experimentación, reflexión y creación a través de las artes con poblaciones diferenciales, es decir con grupos poblacionales que presentan condiciones de vulneración, marginación social o exclusión. Las acciones del Laboratorio Crea, asumen la formación artística como una



herramienta mediante la cual las personas pueden reflexionar acerca de sus condiciones de vida y las condiciones de sus contextos, lo cual propicia transformaciones en los imaginarios y formas de relación consigo mismas y con los otros, así como encontrar sentidos de vida en común con el resto de la sociedad.

Fue de esta manera como se dio inicio al proceso de escritura, en el que las participantes encontraron un lugar desde el cual podían expresar y materializar sus sentimientos y emociones frente a la complejidad de sus vivencias y del conflicto armado que atraviesa Colombia. Escribir, no solo se convirtió en una acción reflexiva en la que las mujeres se reconciliaron con parte de su historia, escribir también les permitió encontrarse en el relato de los otros, reconocerse en el dolor, en la fuerza y en la resistencia de otras mujeres que también han sufrido las consecuencias de la guerra y de otros tipos de violencia hacia la mujer.

Al proceso de escritura se sumó un proceso gráfico, en el que niños y niñas que también hacen parte del Programa Crea del Idartes, realizaron un acercamiento cuidadoso a los escritos y plasmaron, a través de dibujos, elementos significativos que quisieron resaltar de las historias.

Es importante mencionar que durante este proceso, sus padres jugaron un papel fundamental, dado su compromiso e interés en que sus hijos conocieran y se sensibilizaran frente a las experiencias de las personas víctimas que ha dejado y deja aún el conflicto armado en el país.

El presente libro es el resultado del proceso de apertura e introspección que cada una de las mujeres realizó con relación a su historia, a su dolor y a sus pérdidas, en donde la escritura se convirtió en un camino para poder expresar con palabras aquello que antes no podía ser materializado desde su propia voz,

12 Raíces en el viento



y así, dar un pequeño paso a un complejo proceso de sanación y la reconciliación de cada una de ellas consigo misma, con su historia y con su entorno. Este libro reúne testimonios

vitales de un grupo de mujeres que ha querido confiárselos al lector y hacerle partícipe de sus historias, vivencias y sobre todo de las formas en las que han logrado seguir adelante.





Introducción

Es usual que quienes viven en las grandes ciudades de este país piensen en el conflicto armado como algo alejado de la cotidianidad, como un evento que ocurre en un campo lejano al que solo se puede acceder a través de las pantallas de los televisores que no paran, y no han parado durante años, de mostrar las consecuencias de esa violencia distante. Esta situación ha derivado en una indiferencia sistemática por parte de aquellos quienes no han vivido la guerra de primera mano, una indiferencia producida por la sobreexposición a una cantidad significativa de noticias, de artículos de prensa y de relatos voz a voz de aquellas personas que han tenido que desplazarse a la ciudad. Una indiferencia quizás asumida como un medio de protección de sí, como una barrera que repele el dolor y que le permite las personas continuar con sus vidas.

Este libro busca acercarnos a los relatos de mujeres que han sufrido las consecuencias del conflicto armado en diferentes lugares del país. Es





un relato íntimo que busca que el lector se conecte con las emociones de las autoras, con sus historias de vida. Estos textos, además de sensibilizar al lector frente a las vivencias de un grupo de personas y de aportar elementos para la construcción de una memoria colectiva, buscan establecer lazos, formar vínculos y construir comunidad en esta fría ciudad en la que se vislumbra para un amplio número de personas una pequeña oportunidad.

Las mujeres que participaron en el proyecto encontraron lugares comunes en sus historias de vida: se encontraron en sus relatos y sus vivencias, se encontraron en la ciudad de Bogotá y en un nuevo lugar para reconstruir, transformar y continuar sus proyectos, se encontraron en la valentía que tuvieron para hacerle frente a las situaciones adversas y, sobre todo, se encontraron en el infinito amor que sienten por sus hijos. Adicionalmente, este camino lo compartieron con un niño, una adolescente y una

joven colombo-venezolana que acudieron al espacio a acompañar a sus familiares y terminaron también escribiendo su propia historia como un ejercicio de sanación.

Se destaca dentro del grupo de mujeres su capacidad organizativa, su compañerismo y sobre todo el reconocimiento que le dan al otro. Evidencia de esto es la asociación colectiva *Mujeres Activas*, a la que pertenecen seis de las participantes, la cual está conformada por veinte mujeres que residen en el *Proyecto de Vivienda Gratuita de Rincón de Bolonia*, a quienes a finales de 2016 les fue entregado un modesto apartamento como parte del proceso de reparación de víctimas del conflicto. En este nuevo sitio, encontraron la manera, siempre juntas, de hacerle frente a los problemas tales como la inseguridad, la delincuencia común, las dificultades de convivencia asociadas a lo que significa vivir en edificios de propiedad horizontal y a la adaptación a un entorno de



edificios de concreto completamente alejados de aquellos paisajes de sus lugares de origen. Estas mujeres han forjado lazos de amistad entrañables y son una muestra de solidaridad, compromiso y respeto, elementos indispensables en sus vidas que les han ayudado a cultivar y aflorar el espíritu emprendedor y de liderazgo de cada una de ellas, quienes cada día trabajan por aprender cosas nuevas, por hacer de su comunidad un lugar mejor y por sacar a sus familias adelante.

Por otra parte, en la implementación de la metodología, las artistas formadoras del área de literatura del Programa Crea del Idartes empezaron por acercar a las participantes del taller a los elementos del lenguaje literario de manera que pudieran desarrollar, fortalecer y afianzar los procesos de escritura a partir de historias comunes, sin ahondar tanto en temas asociados al conflicto armado. Estos últimos aparecieron de manera voluntaria y abordarlos

a través de la escritura supuso retos y dificultades asociadas al dolor de recordar y expresar, pero, a su vez, se convirtió en un ejercicio terapéutico para las participantes que les permitió hacer *catarsis*.

Una vez finalizados los textos, se inició el trabajo para la construcción de las imágenes que acompañarían los textos. Como una medida para acercar a la comunidad y a la ciudadanía en general a las vivencias de este grupo de mujeres, se decidió vincular a un grupo de niños y niñas pertenecientes a un taller de literatura del Crea Villetmar, que trabajaban bajo la línea Emprende del Programa Crea. Este proceso tuvo un acompañamiento cuidadoso por parte de un grupo de profesionales tanto del Idartes como de la Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación. En este proceso los padres de los niños y niñas tuvieron un rol fundamental, quienes participaron en los talleres y conocieron las historias



y los textos de las mujeres y cada uno de ellos escogió el texto para sus hijos.

El trabajo con los niños y las niñas inició con un proceso de contextualización a acerca del conflicto armado y el desplazamiento forzado a partir del texto *Eloisa y los bichos* de Jairo Buitrago. Paralelo a esto, se realizó un trabajo de exploración plástica en el que los niños buscaron los materiales y técnicas con las que más se sintieron a gusto para iniciar con la construcción de las imágenes. Una vez finalizado este proceso de contextualización,

cada uno de los participantes recibió el texto, o el fragmento del texto, escogido por sus padres.

Como resultado de la construcción de los relatos y de las imágenes, el texto *Raíces en el viento* ofrece una oportunidad al lector para encontrarse con una mirada íntima y cercana acerca de lo que significa el conflicto, el desplazamiento y el dolor de la guerra, pero, sobre todo, de lo que significa la fortaleza, la resiliencia, la resistencia y la necesidad de continuar a pesar de la adversidad.



crónicas de mujeres







¿Quién mandó a matar a mi hermano?

Blanca Romero

Un día, muy a las 8 de la mañana, mi hermano y mi hijo mayor salieron a votar. Los guerrilleros del Frente 37 de las FARC se los llevaron al monte y los reclutaron para la guerra. Ahí el desespero y la tristeza me empezaron a cubrir el alma, el corazón y la vida.

Fue duro, uno siente que no existe ninguna salida, es como esperar al mensajero con la correspondencia y no saber qué razón trae. Un día el mensajero llegó trayendo una razón definitiva:

—Si no se van con nosotros, tienen tantas horas para abandonar la finca.

¿Irse? Es el lugar en el que uno ha trabajado toda la vida ¿Para dónde? sin rumbo fijo y sin esperanzas de nada. Qué tristeza.

Esto que les cuento pasó en el año 2001, cuando me desplazaron junto a mi familia de Chaparral, Tolima. Siendo desplazados, empezamos una nueva vida, dura y difícil, enfrentándonos día a día al temor que se instaló en







nuestros corazones. No entendíamos por qué nos había tocado vivir una vida tan complicada.

En el 2014, liberaron a mi hermano y a mi hijo. Mi hermano regresó a la finca de la que nos habían sacado desplazados y se quedó, bajo acuerdos, trabajando con la guerrilla. Yo, por mi lado, me vine a Bogotá con mi hijo. El temor no me dejó regresar al pueblo y aún siento miedo de volver.

Un día, hace 4 años, estando en la finca, a mi hermano le pegaron 6 tiros, 3 de ellos lo dejaron muy mal. Algunas personas dijeron que fue la guerrilla. Aunque él sobrevivió, yo aún me sigo preguntando ¿quién quería matar a mi hermano? Él no tenía problemas en la vereda, no se metía con nadie, de hecho, cumplía con los pagos a la guerrilla y con las condiciones que ellos ponían.

Entonces me llené de dudas y de preguntas ¿quiénes fueron a sacarlo de la finca? Tengo

una versión que he dicho siempre y que me atormenta: yo tengo unos hermanos por parte de mi papá que siempre estuvieron detrás de esa finca y no estaban muy contentos con la idea de que mis hermanos maternos la manejaran.

Cuando mi papá murió, todo se convirtió en una pesadilla y llegaron todos los problemas que no esperábamos. Entramos en pleitos legales por la finca con mis medios hermanos, pues ellos querían desalojarnos. ¿Quién le mandó a pegar 6 tiros a mi hermano? Hay muchos sospechosos, unos dicen que fueron unos ladrones por robarle unos pollos del corral, dicen que él los persiguió y ellos lo atacaron, pero eso fue a las once de la noche y a mi hermano le dispararon de día.

La Fiscalía también tiene dudas sobre quién mandó a matar a mi hermano. La guerrilla dijo que ellos no habían sido puesto que



mi hermano no debía nada; ellos mismos dijeron que mi hermano era bueno y no se metía con nadie, solo trabajaba honradamente. Además, si ellos hubieran sido, le hubiera llegado una carta de amenaza o desalojo como los guerrilleros acostumbran en estos casos.

Hay otra razón que me lleva a pensar que mi familia pudo mandar matar a mi hermano. Yo siempre he sentido el abandono de ellos porque cuando yo me vine para Bogotá nunca se preocuparon por mí, me dejaron sola. Nunca me dieron la parte de la herencia que me correspondía de mi papá ni la de mi padrastro; y en esa finca había mucha economía, era muy rentable.

Cuando yo vivía allí tenía una gallera, un lotecito de cacao, una vaca que mi mamá le regaló a mi hijo y todo eso me lo quitó mi propia familia. Mis hermanos quemaron mi gallera, me quitaron el lote de cacao, mi vaca quedó allá y tampoco me la quisieron dar. Yo

les pregunto ¿por qué me abandonaron? ¿por qué nunca me dieron nada? ¿por qué llegó un señor desconocido a mi casa a decirme que me fuera? ¿por qué me quemaron mi gallera? ¿qué hay detrás de todo esto?

Quisiera saber la verdad de mi familia. Mis hijos me preguntan: “¿por qué nunca te llaman?” y yo me pregunto ¿qué les hice yo para que me abandonaran? Mi respuesta es que nunca les hice nada, era buena trabajadora, nunca me metía con nadie, ni con mis hermanos, ni con los vecinos.

El señor que fue a avisarme que me fuera también me dijo que le daba pesar que me pasara algo, porque yo no le hacía mal a nadie.

Quisiera saber algún día la verdad de todo esto y denunciar ante el Estado lo que me han

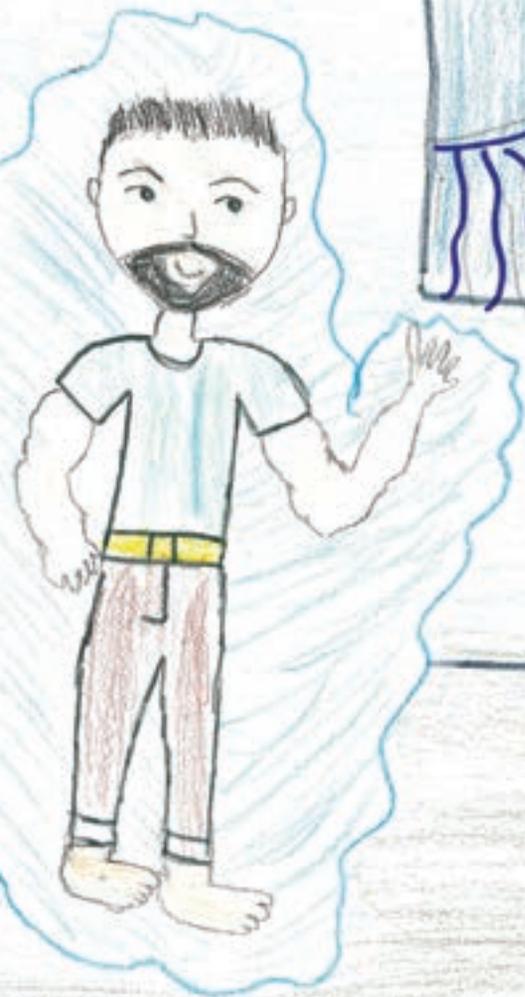


hecho, sea quien sea, me gustaría que pagara por las injusticias cometidas, porque uno comete errores, pero como estos ninguno.

Cuando hablo con mi familia y les pregunto por lo que me deben, se culpan unos a otros pero no responden. Yo les digo: “Dejemos así, tengo unos hijos maravillosos, buenos, traba-

jadores, honestos y buenos conmigo”. Dios algún día hará justicia. Sin embargo, siempre me preguntaré si serían mis propios medios hermanos los que mandaron matar a mi hermano para quedarse con la finca. A pesar del abandono de mi familia, me gustaría ver a mi mamá y compartir con ella.





¡Siempre
te
amaré!





La historia de un presentimiento

María

Conocí al que sería mi esposo cuando tenía 17 años, en el municipio donde nació: La Plata. Al año tuve mi primera hija, Nubia. Cuando ella tenía tres años nos fuimos para San Vicente del Caguán, compramos una finca, nos pusimos a cultivar coca y de eso vivíamos todos. Mi felicidad era contar con mi familia, ver crecer a mi hija y tener una finca que nos daba lo necesario para vivir. Lo teníamos todo.

Las cosas empezaron a cambiar un sábado a las dos de la tarde cuando llegó la guerrilla y mi esposo les dijo que había decidido no pagar más la vacuna que le cobraban. Sentí miedo y le pedí a mi esposo que nos fuéramos. Así fue como vendimos la finca para comprar una en el Valle del Guamuez, al sur, hacia el Putumayo. Allí continuamos nuestra vida y volvimos a encontrar la alegría. En nuestra nueva finca “El placer” teníamos animales y nuevamente cultivamos coca. Yo era muy feliz haciendo actividades que me gustaban: me iba a pescar y tenía una huerta casera que





cuidaba mucho. Cada 6 meses iba al Huila a ver a mis padres y volvía a las tareas del hogar. Estando allí, a los 4 años, nació mi segunda hija y la nombramos Nancy Milena.

En la zona estaban todos los actores armados y aunque vivíamos bien, afuera era diferente: había guerrilla y también paracos. Todos los días había muertos, incluso aparecían picados en bolsas negras que tiraban al río, en la misma agua que tomábamos. A veces había fuertes combates, a mi familia y a mí nos daba mucho miedo, hasta pensamos en volver al Huila. Con el tiempo vendimos esa finca y compramos otra ubicada en Las Ceibas, al sur del Putumayo. ¡Era una buena oportunidad! Tenía 30 gallinas, 5 marranos, 20 reses y 5 caballos. Apenas llegamos tuve una corazonada y se la dije a mi familia:

—De aquí no vamos a salir más.

La finca era muy bonita, plana y con muchos jardines, así que me sentí muy feliz porque aún

teníamos un techo y ya no corríamos peligro. Entonces quedé embarazada de mi última hija, a la que le pusimos Lady Johana.

Las niñas iban creciendo y se acercaba el tiempo de mandarlas a la escuela, sin embargo, estábamos a 6 horas de camino hasta el caserío en donde quedaba la escuela más cercana. Por esta razón decidimos que yo me fuera con las niñas para La Plata donde estaba mi familia, para que estudiaran, mientras que mi esposo se quedaba en la finca.

De vez en cuando yo lo visitaba, aunque en verdad lo extrañaba mucho. Mi esposo era una persona muy detallista, muy trabajadora y dedicada a su familia. El amor entre nosotros siempre fue grande, él era el hombre de mi vida. Pasaron 12 años en aquella finca entre ir y venir del Huila al Putumayo.

Un día nos fuimos todos para La Plata, pues pensábamos celebrar el día de la madre. Estuvimos juntos quince días pero de pronto a



mi esposo le entró un afán por devolverse a la finca que yo no comprendía. Recuerdo que aunque él insistía en irse, algo en mi corazón me decía que debía quedarse, por eso le insistí bastante en que se quedara. Finalmente, un 2 de abril, él se marchó hacia el Putumayo y yo me quedé con mis hijas sin saber lo que iba a pasar.

Él viajó un jueves a las nueve de la noche y llegó a las once de la mañana del viernes a la finca. Todo parecía estar normal. El sábado a las 7 de la mañana me llamó contándome que había llegado bien, pero que la guerrilla había dejado un papel en su ausencia donde decía que tenía que pagar la vacuna o que irían por él. Sentí entonces mucha preocupación y tuve un presentimiento que me hizo decirle que se devolviera de inmediato para el Huila. Él no quiso. Me dijo además que no iba a pagar vacunas porque todo en la vida le había costado trabajo.

Nos despedimos y colgamos pero yo me quedé preocupada. Así pasó el sábado y amaneció el domingo. A las diez de la mañana recibí una llamada de mi cuñado en la que me avisaba que a mi esposo lo habían matado. Yo no lo podía creer. En seguida recibí varias llamadas que lo confirmaban. Quise ir a la finca pero mis familiares no me dejaron. Lo que sentí no tiene palabras, no se puede nombrar, solo podía llorar.

Vinieron entonces los preparativos del funeral. Trasladaron su cuerpo a Curillo en Caquetá, donde le hicieron la autopsia y lo llenaron de aserrín. El lunes, a las cinco de la tarde, sus restos llegaron a La Plata.

Me rodeaba toda la familia y hacía mucho calor, no había comido desde que supe la noticia, lo único que podía tomar era aromática.



Sentía muchas cosas, pero sobre todo sentía rabia e impotencia. Pensaba en hacerle algo a los asesinos, pero me decían, y en el fondo yo sabía, que no había nada que pudiera hacer.

Finalmente, lo enterramos a las seis de la tarde del lunes. Nos fuimos para la casa de la familia de él y esa noche lo vi. Me acosté a dormir y de pronto un viento frío y una sensación extraña me hicieron levantarme; él estaba ahí de pie frente a mí, estaba sonriente y vino corriendo a abrazarme y a darme un beso, sentí miedo y perdí la conciencia. Pienso que quizás vino a despedirse porque yo no estuve con él en ese momento.

Ya han pasado más de veinte años de esta tragedia y nunca más volví a la finca. Intenté reconstruir mi vida y por eso, buscando tranquilidad, me fui con mis hijas a Pitalito, pues la violencia nos perseguía ya que la guerrilla quería que yo pagara la vacuna de mi esposo.

No conocíamos a nadie en Pitalito y yo nunca había trabajado. La dueña de la residencia donde llegamos me ofreció un trabajo en un restaurante, pero solo duré quince días. Se me acabaron los ahorros. Un día me fui a la plaza de mercado a tratar de encontrar algo, allí una señora me ayudó y me enseñó a trabajar. Yo le ayudaba a limpiar la cebolla y a empacar los mercados.

Trabajar me hizo darme cuenta de que yo podía salir adelante y ser independiente. Y así fue que a los dos meses, con la ayuda de esta señora, pude montar mi propio negocio. A los seis meses ya tenía tres puestos en la plaza. Tenía muchos clientes y amigos y sentía que por fin estaba saliendo adelante después de tanto sufrimiento.

Tiempo después conocí a mi actual esposo, en Pitalito. Con él volví a ser feliz, cambié para ser mejor, he conocido muchos pueblos y lu-

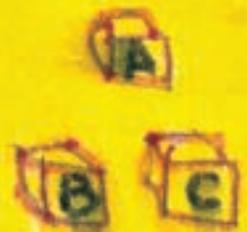
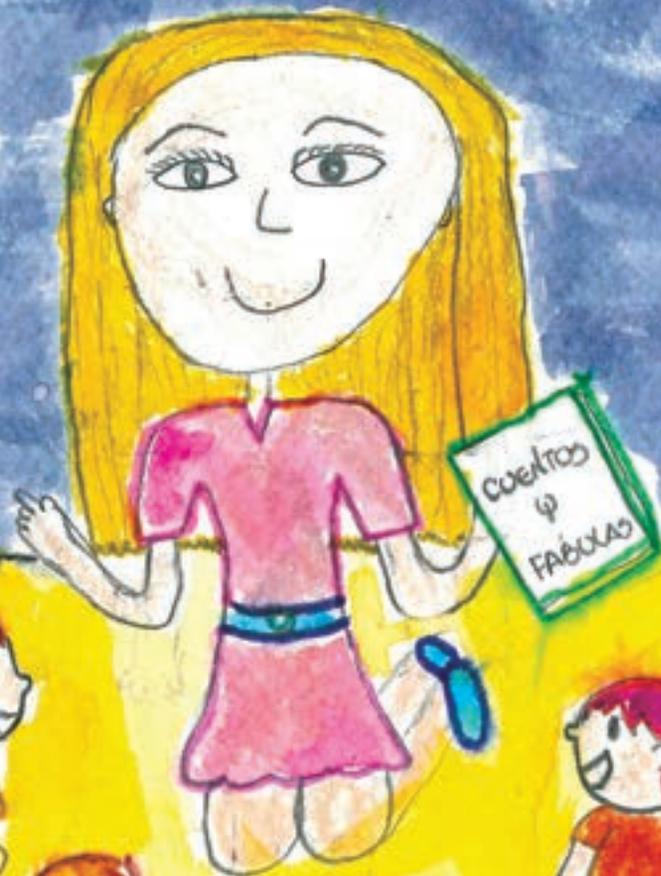


gares nuevos. Ahora vivo en Bogotá y recibí un apartamento en Rincón de Bolonia en el año 2016.

A pesar de que es un beneficio tener esta vivienda, ha sido un proceso muy difícil porque

al llegar no tenía amigos, además hace mucho frío y en mi apartamento hay humedades que me han causado enfermedades. Al comienzo permanecía mucho tiempo sola, ahora tengo muchas amigas y participo en varios proyectos.







Dejando sus quereres

Sandra Quiroga

Sandra Quiroga Reyes¹ nació en Tumaco (Nariño) en 1972. Fue una lideresa desde los ocho años y siempre lo sería. Ella tenía tres hermanos menores, su padre era Juan Quiroga y su madre Elena Reyes, su hermana María Cristina era madre comunitaria y buena lideresa.

Cuando Sandra tenía quince años llegó un señor de nombre “Anllo” a plantar coca al campo donde ella y su familia pasaban las vacaciones. Nadie sabía de dónde venía ese señor y tampoco que ese día iniciaría parte del infierno que iba a transformar el pueblo.

El señor traía maletas llenas de plata y venía a traer y a mejorar la siembra de coca en la región, además venía con el fin de enamorar a las niñas del pueblo, por esa razón, cuando la mamá de Sandra se dio cuenta de que el señor le había echado el ojo a su hija, decidió no llevarla más a la finca.

1 Los nombres y lugares de la historia real han sido modificados por la autora.





Por otra parte, el padre de la niña era empleado del Ministerio de Salud, específicamente en un proyecto llamado Malaria que realizaba fumigaciones en los campos para evitar la propagación de la malaria, el paludismo y el dengue. A esto se le sumaba que el científico Manuel Elkin Patarroyo, el padre de Sandra y otros compañeros, pescaban zancudos para la toma de muestras con el fin de descubrir alguna enfermedad. De hecho, fue allí donde Manuel Elkin Patarroyo descubrió la vacuna contra la malaria.

A Sandra le gustaba tratar esos temas y su papá le enseñaba lo que sabía. Él le enseñó a curar heridas y picaduras de serpientes, así como a detectar cuando una persona tiene paludismo. De su padre Sandra aprendió a trabajar para la comunidad. Inicialmente ella quería hacerlo desde la salud, pero finalmente descubrió que lo hacía mejor en el trabajo comunitario, por lo que decidió enfocarse en ello.

Diez años más tarde, el padre de Sandra se pensionó y a Tumaco había llegado la guerrilla. En una ocasión la guerrilla fue a hablar con Don Juan Quiroga para decirle que necesitaban algunas de las fincas de su propiedad para sembrar coca. Don Juan les dijo que él había comprado sus fincas con dinero fruto de su esfuerzo y de su sudor, que no las arrendaba ni las prestaba y menos para cultivos de coca. Ellos le advirtieron que por rechazar la petición no debía volver al campo, pero Don Juan les contestó que no tenía miedo y que así lo mataran, él iba a volver a sus fincas. El papá de Sandra denunció los hechos y las amenazas, de hecho, la entidad Acción Social tuvo conocimiento del reporte en aquel entonces. Sin embargo, todo quedó allí y no avanzó ninguna investigación o detención.

Seis años después Sandra viajó a Cali a estudiar y allí, a sus 29 años, tuvo a una hermosa bebé. Entonces decidió regresar a Tumaco



porque el padre de su hija la abandonó y como Don Juan le había dejado una casa, Sandra decidió radicarse allí.

Dos años después, Sandra seguía conviviendo con su familia. Su padre hacía viajes para llevar pasajeros entre los pueblos, ya que él conocía toda la zona y las veredas aledañas. Un 26 de febrero, Don Juan decidió tomar un atajo al río principal para retornar a Tumaco, pero como el río estaba muy seco, se desvió por otro río que llegaba al pueblo de Olaya Herrera. Allí se encontró con unos compañeros del trabajo que aún no se habían jubilado, pero nunca llegó a su casa.

Fue el 3 de marzo de 2002 cuando Don Juan Quiroga fue asesinado por unos guerrilleros de las FARC, los mismos que lo habían amenazado anteriormente. Sandra y su familia se dieron cuenta de esto porque ocho días después del sepelio, los compañeros con los que se había

encontrado contaron que habían reconocido a los asesinos.

Cuando ocurrieron los hechos, Sandra estaba en las playas de El Morro con un grupo del Bienestar Familiar, institución en la que trabajaba. La psicóloga del grupo la llamó aparte para comunicarle que su papá había sido asesinado.

En ese momento ella sintió un frío que recorrió todo su cuerpo, sin embargo, le dijo a la psicóloga que estaba calmada. Sandra se fue con sus familiares, la Policía y una compañera a traer el cuerpo de su padre al municipio de Olaya Herrera. Finalmente, Don Juan fue sepultado en su tierra.

Se iniciaron las investigaciones y la Fiscalía capturó a varias personas que declararon que habían participado en el asesinato. Sin embar-



go, ninguno de estos hechos fue informado a la familia de Sandra por parte de la Fiscalía, solo algunos amigos de la Policía llamaron a su hermana a contarle que había algunos capturados.

Entre todos los sucesos, lo que más indignó a Sandra y a su familia fue que en el momento del levantamiento del cuerpo, su padre, que se encontraba con unas botas “machas” que él usaba para su dotación, fue reportado por parte de las autoridades como quien usaba “botas guerrilleras”. En medio de la rabia y la tristeza, Sandra pensó que eso significaba que las autoridades querían hacer pasar a su padre como guerrillero.

A raíz de la muerte de Don Juan, al año empezaron a amenazar al esposo de Sandra en el pueblo, por lo que él tuvo que desplazarse de Tumaco a Bogotá. Para entonces ella trabajaba con niños en centros múltiples del ICBF. El esposo de Sandra viajó a Bogotá y llegó a

donde Fabio, el hermano de Sandra, quien también unos años antes había tenido que salir de Tumaco porque estaba en riesgo de ser reclutado por los paramilitares para vengar la muerte de su padre.

Luego de la huida de su esposo, comenzaron las amenazas contra Sandra. El grupo guerrillero que había asesinado a su padre, le empezó a dejar panfletos y a hacer disparos al aire cerca a la entidad educativa donde trabajaba con el fin de asustarla. Una tarde le entregaron una carta que decía: “los sapos no sólo se mueren, sino que deben salir”, y que le daban unos días para salir del pueblo. Ese día habló con su esposo, quien le dijo que se fuera para Bogotá a reunirse con él. El día anterior ella se había enterado de que estaba embarazada.

Sandra entonces tuvo que hablar con sus jefes y decirles que debía renunciar a su tra-



bajo porque tenía que irse del municipio. Y así fue, con lo que pudo llegó a Bogotá y se encontró con su esposo. Cuando llegó a Bogotá Sandra no salía porque sentía miedo y veía a sus perseguidores en todas partes.

Ya en la ciudad ella y su esposo realizaron la declaración de todo lo sucedido ante las autoridades y fueron registrados como víctimas de desplazamiento forzado. Tiempo después, se abrió una convocatoria en Acción Social para madres líderes del proyecto Familias en

Acción. Sin pensarlo, Sandra se presentó y fue seleccionada. Luego se le adjudicó una vivienda en Rincón de Bolonia y se dio cuenta de que podía seguir liderando iniciativas y proyectos para la comunidad.

Hoy en día eso es lo que hace feliz a Sandra y llena su espíritu. A veces escribe poesía y continúa sin cesar con sus labores comunitarias. Ella piensa seguirlo haciendo hasta el final de sus días, ya que es una de las labores más gratificantes y satisfactorias en su vida.







Todo por mis hijos

Diocelina

Yo era madre cabeza de familia, vivía con mi mamá, mi papá y mis tres hijos. Llegamos a vivir a la vereda porque le compré a un señor, que tenía una finca muy grande, unas hectáreas para mi parcela. En ella, con la ayuda de unos maestros de construcción de la zona, construí con mis hijos nuestra casa. La finca era nuestro hogar y nuestra fuente de ingresos. Teníamos unos caballos y una yegua con los que trabajábamos transportando café en las fincas vecinas. También cultivábamos café, yuca, plátano, cebolla, lechuga, tomate y criábamos pollos y marranos.

Con eso teníamos para comer todos los días y también para el comercio. Íbamos al pueblo a vender lo que producíamos en la parcela y comprábamos otros productos que luego vendíamos en la vereda. Cada día me iba mejor y con la ayuda de mis hijos y de mi mamá me hice conocida.

Me gustaba trabajar y colaborar con la comunidad, esa era mi felicidad. Con la primera venta de la cosecha de café les di unos mercaditos a unas





personas de la tercera edad de mi vereda. Hubo un malentendido porque algunas personas estaban diciendo que eso lo estaba haciendo la Alcaldía, pero el propio alcalde les aclaró que era una iniciativa mía, producto de mi trabajo y no de la administración municipal.

Un día la señora Nelsy del Bienestar Familiar me invitó a trabajar con niños, así que fui a estudiar para ser madre comunitaria. Fue una lucha, pero lo hice. Con el tiempo fui haciéndole mejoras a la casa; al final el piso de tierra, las paredes de tablas y las letrinas fueron reemplazados por pisos de cemento, puertas, baños, alberca y una tienda para vender los productos que solía traer del pueblo.

Yo busqué al comité de cafeteros para mejorar mi cultivo de café, pues la tierra era muy dura y seca en esa región. Unos agrónomos me enseñaron a trabajar esa tierra. Yo fui un ejemplo para las otras fincas porque en

los cultivos pequeños no se acostumbraba a aplicar esas técnicas. Por eso me dieron un premio que consistió en surtir la tienda que tenía en la casa de la finca.

Era muy, muy feliz en mi casa propia, trabajando con el Bienestar Familiar y en mi negocio, pero como dice el dicho: “sube como palma y baja como coco”. La guerrilla empezó a hacer presencia en la zona. Mi casa se encontraba en un lugar donde confluían tres carreteras, por lo cual se convirtió en un corredor por el que pasaban con frecuencia.

También empezaron los enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército. Cuando nosotros los escuchábamos, rápidamente nos íbamos a esconder a la casa. El ejército nos había dicho que cuando ellos se enfrentaban



con la guerrilla debíamos protegernos, ya fuera debajo de la cama o detrás de los muros.

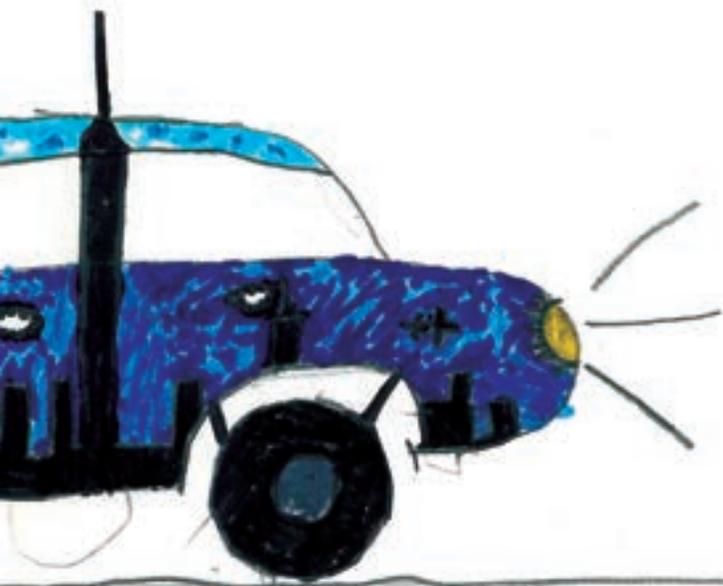
La guerrilla comenzó a hacer reuniones donde nos ordenaban una cosa y la otra, con la amenaza de castigo si no se obedecía: nadie se podía emborrachar, debíamos arreglar la carretera por la que ellos transitaban y nadie podía salir de sus casas después de las seis de la tarde. A nosotros nos daba mucho temor, así que hacíamos caso.

La presencia de la guerrilla también aumentó la presencia del ejército. Sin embargo, eso también nos traía problemas porque acusaban a las personas de la vereda de colaborar con la guerrilla; el ejército las presionaba para que dieran información e iban de casa en casa interrogando a la gente.

Un viernes, a la mitad de la noche, llegó un helicóptero del ejército a la vereda, los soldados empezaron a sacar a los jóvenes de sus

casas bajo la sospecha de ser miembros de la guerrilla. Los interrogaban y luego iban a las otras casas a corroborar las versiones para confirmar si eran o no pobladores.

Ese día, mi hijo Juan Carlos salió a las 5:30 de la mañana en su bicicleta a la casa del señor donde recogía café. Al regreso el ejército lo detuvo. Mi hijo Julián me avisó lo que estaba pasando y salí apresuradamente a ver lo que sucedía. Hablé con los militares, les dije que era mi hijo y que no tenía nada que ver con la guerrilla, por eso lo soltaron. Mientras tanto, mi hijo Julián salió a entregarle la yegua a su primo Edwin para que pudiera recoger la cosecha de café. Cuando Julián estaba llegando al punto de encuentro se dio cuenta que el ejército tenía a Edwin amarrado y le habían hecho unas marcas en el cuerpo con una navaja. Julián como pudo se escapó y fue a donde su tío Jorge, el papá de Edwin, a contarle lo que había visto. Julián y su tío Jorge les explicaron a





los militares que los muchachos se habían quedado de encontrar para recoger la cosecha de café con la yegua y llevarla a la carretera para enviarla en el carro que pasaba en las mañanas, fue en ese momento que vieron pasar el carro anunciado y los militares les creyeron.

Finalmente, el ejército se fue y le contamos lo sucedido a un funcionario de la Alcaldía que iba camino al pueblo como todas las mañanas. Él nos escuchó y manifestó que eso no podía pasar, así que llamamos al Comité Internacional de la Cruz Roja, quienes le prestaron asistencia médica a mi sobrino y nos dijeron que el ejército no nos debía tratar de esa forma.

En algunas fincas se cosechaba bastante café, por lo que tenían varios trabajadores que eran personas del pueblo. Con el tiempo la gente ya no subió más y a las personas de las fincas les tocó unirse para recolectar el café ellos mismos. Tampoco podía ir nadie que no

fuera de la misma zona, la guerrilla preguntaba quién era quién.

Un día decidí mandar a mis tres hijos al pueblo, me dolió mucho, pero era lo mejor porque la presencia del ejército y la guerrilla me daba mucho miedo, incluso un militar me sugirió hacerlo porque la guerrilla estaba reclutando a los jóvenes de la zona. En el pueblo yo les pagaba una habitación para que vivieran los tres. Eran unos niños muy educados y honestos, la misma gente me lo decía, yo les enseñé que había que respetar a los mayores y ser educados, los vecinos me los querían.

Juan Carlos era el mayor, Wilfredi era el segundo y Julián era el más pequeño. Ellos estudiaban en la semana y en los ratos libres trabajaban. Wilfredi trabajaba con una señora en un almacén el sábado y el domingo, y Juan Carlos le ayudaba a una profesora en la casa el domingo.



Había fines de semana que nos veíamos, ellos subían a la finca o yo bajaba al pueblo a mercar. Si no nos veíamos nos dejábamos notas para saber cómo estábamos. Para mí eso era muy triste. Cuando yo estaba en la casa era siempre un vacío. Cuando llegaba la noche mi mamá era la que me daba valentía para seguir. Tenía un televisor con batería y me refugiaba en él viendo películas. Yo me había propuesto comprar ese televisor para mis hijos, ya que antes tenía que llevarlos a otra finca a que vieran televisión. Los viernes en la noche y los domingos caminábamos iluminando nuestro camino con linternas para llegar a esa finca, era el premio que yo les daba por su trabajo. Eso lo hicimos hasta que llegó la guerrilla, ya después no fue posible salir en las noches.

Mi vida cambió con la partida de mis hijos porque ellos me ayudaban mucho y me daban energías y ganas de seguir adelante. La vida era más rica con ellos, después fueron mi

mamá y mi papá los que me dieron esa energía de vivir.

A pesar de todos los esfuerzos de mantener a salvo a mis hijos, se llevaron a mi hijo menor Julián. Un fin de semana Julián y Juan Carlos me fueron a visitar. Yo bajé con Juan Carlos al pueblo a mercar y Julián se quedó en casa. Cuando regresamos Julián no estaba, pensé que lo habían enviado a hacer algún mercado, pero llegó la noche y él no llegaba. Le pregunté a unos vecinos si lo habían visto y me dijeron que lo vieron con unos guerrilleros en la otra vereda. Al escuchar eso me dio mucha rabia con la guerrilla porque se había llevado a mi hijo, al más pequeño de tan solo 14 años, ¡tanto que nosotros obedecíamos sus órdenes! Para mí eso fue una traición. Me fui a buscarlos en caballo pero no los encontré. Después de eso la guerrilla ya no pasaba por mi casa, sabían que yo estaba muy furiosa. Yo solo veía que pasaban en una camioneta y llevaban un



niño idéntico a mi hijo. Un día llegaron y yo les reclamé por haberse llevado a mi hijo. Juan Carlos lloraba mucho por su hermanito, pues era el niño de la casa y nunca lo volvió a ver.

Ya Julián no estaba y a Wilfredi lo mandé a Bogotá debido a todo este conflicto, allá prestó el servicio militar. ¿Cómo se derrumba una familia? Ya no estábamos completos. Con Juan Carlos decidimos ponernos a buscar la forma de encontrar a Julián, pero no lo logramos.

Un sábado hubo una fiesta en la vereda Copeta, mi hijo Juan Carlos me invitó. Fuimos y la pasamos muy rico. Nunca olvido ese día. Llegamos con mi hijo a la casa a las cuatro de la mañana. Ese domingo, Juan Carlos me pidió que le diera la bendición varias veces y yo se la di una y otra vez. No lo puedo olvidar. A mi mamá también la consintió dejándole bizcochos.

Recuerdo lo último que Juan Carlos me dijo en tono de broma, me regaló una moneda de

1.000 pesos para que me comprara un carro, hiciera el mercado y le guardara el resto. Él apenas se reía. Como tenía que presentarse el lunes en el batallón de Chaparral para lo de la libreta militar, se fue el domingo por la tarde. No quiso que yo lo acompañara por no dejar a mi mamá sola. Me dijo que iba a buscar al papá para que fueran juntos, pero no lo hizo, solo lo dijo para tranquilizarme. Fue la última vez que lo vi.

Pasaron los días y no supe nada de él. Decidí viajar al pueblo y me dijeron que un hijo mío estaba detenido en Chaparral, pensé que era Julián. Fui allá para averiguar lo que había pasado e inmediatamente me dijeron que debía ir a la morgue a reconocer un cuerpo. Sentí que me moría. Mi Juan Carlos estaba muerto. Recuerdo que ellos no creían que fuera mi hijo porque no se parecía a mí, me pidieron que les diera una señal de que sí era mi hijo y les conté de una cicatriz en su pie derecho. No puedo explicar el dolor que sentí.



El ejército decía que mi hijo era guerrillero y además que no era mi hijo, yo les decía que sí, que yo lo había traído a este mundo pero no para que me lo mataran. Y así me quedé sola y abatida. Traté de continuar mi vida, pero con la muerte de Juan Carlos la gente no quería saber de mí por miedo. Además, estaba muy triste. Estar sin mis hijos era muy duro, Juan Carlos muerto, Wilfredi prestando el servicio militar y Julián en la guerrilla.

Ante el dolor tuve el coraje de decidir ir al monte a buscar a Julián, incluso aunque supiera todas las consecuencias. Por eso no le dije a mi familia, ni mucho menos a mi mamá para que no se preocupara. Ellos solamente pensaban que yo trabajaba en una parcela por allá en lo frío.

Caminé muchas horas, no hubo carro porque se derrumbó la carretera, unas señoras que estaban por ahí y sabían cómo era esa región, dijeron cuando yo pasé: “Sube, pero no baja”.

Pasaron los días hasta que encontré a unos guerrilleros y les dije que me dejaran ver a Julián y que no me iba a ir hasta que pudiera verlo. Me hicieron esperar en una casa, pasaron unos días y lo único que yo hacía era rezar. Le pedía a Dios volver a ver a mi hijo menor.

Un día pasó un carro de la guerrilla, salí a mirar y vi a mi hijo. Ellos no pensaban parar, pero mi hijo me vio y se tiró del carro. Se cayó y lo recogí, nos abrazamos, lloramos y reímos. De ahí en adelante para poder estar cerca de Julián me tocaba colaborarle a la guerrilla cosiendo bolsos, haciendo mandados, arreglando y hasta llevando uniformes. Vivía de casa en casa con tal de estar cerca de mi hijo. Cuando no nos veíamos, nos escribíamos a escondidas de los mandos. En ese lugar yo veía cosas que asustaban, quería irme pero permanecía ahí por estar cerca de mi hijo. Muchas veces no podía dormir y sentía miedo. En esa situación pasaron dos años, yo seguía



esperando que lo dejaran irse conmigo, oraba mucho y hacía muchos ayunos.

La situación se complicó y me dijeron que me fuera a trabajar al pueblo porque no podía estar cerca de la guerrilla. Julián, al darse cuenta de que ya no podíamos vernos, decidió escaparse sin decirme nada. Llegó a la casa de mi hermana porque sabía que a mí era a la primera persona a la que iban a buscar. Mi hermana me llamó y me dio la gran noticia, sentí miedo y alegría al mismo tiempo, pues sabía las consecuencias de lo que él había hecho. Entonces lo llamé para que estuviera listo, contacté a una amiga de Wilfredi en Bogotá para que le diera posada, me subí a un camión, lo recogí en Ibagué, lo llevé a Bogotá y luego me devolví para no levantar sospechas. Entrando al pueblo recibí una llamada de la guerrilla, me

preguntaron si Julián estaba en la casa, yo les pregunté que por qué y me dijeron que Julián se había ido. Luego me volvieron a llamar, me pusieron una cita para que fuera adonde ellos y yo tuve mucho miedo. Solo una señora del pueblo sabía para dónde iba. Le dejé mis documentos para que me buscara si no aparecía en ocho días.

Me encontré con ellos, no me dijeron nada, me dejaron esperando mientras averiguaban qué había pasado con Julián. A los cuatro días me dejaron ir porque él no se había llevado nada de la dotación. Como tarea me pidieron buscarlo y avisarles. Según eso, ellos no le iban a hacer nada. Un mes después me fui para Bogotá. Mientras iba en el bus pensaba y sentía que todo lo que estaba viviendo era un sueño.





AREPA con
Queso



De mi desplazamiento a la ciudad

Esneda Tovar

Mi esposo, mis cuatro hijos y yo vivíamos en el pueblo. Nuestro negocio era la venta de comida. Teníamos un restaurante en la plaza de mercado, otro en la casa y mi esposo vendía lechona. Era un negocio familiar, todos trabajamos juntos. Además, conmigo trabajaban Lucía y Nana preparando la comida. Juan y Rodrigo nos llevaban la carretilla a la plaza con lo que necesitábamos. Eso me hacía sentir bien, con tranquilidad porque tenía trabajo, estaba con mi familia y sentía que ayudaba a estas señoras porque generaba empleo.

Al lado de nuestra casa quedaba la Estación de Policía, por lo que los policías eran clientes frecuentes, igual que muchas otras personas de la zona. Como el pueblo era tranquilo esto no significaba problema alguno, por el contrario, era bueno para el negocio. Sin embargo, los días de calma llegaron a su fin. La guerrilla empezó a asentarse en los alrededores del pueblo, tomándose las casas, extorsionando y asesinando a los policías. Fi-





nalmente, llegaron al pueblo y nuestros días en el restaurante de la casa cambiaron. La guerrilla llegaba por almuerzos para sus hombres, a veces pagaban y otras veces no, ¿Qué podíamos hacer al respecto? Nada, obedecer.

Con la llegada de la guerrilla también llegó el ejército al pueblo. Ellos también llegaban al restaurante, pedían comida y no siempre pagaban lo que se llevaban. Por esta razón nuestros días eran llenos de tensión, pues debíamos evitar que la guerrilla se encontrara con el ejército y la policía, pero también que el ejército se encontrara con la policía porque entre ellos no se la llevaban bien. Todo esto para evitar riñas o incluso un muerto.

Un día, una señora que sabíamos tenía contacto con la guerrilla entregó a mi esposo una carta, en ella le ordenaron que tenía que irse del pueblo. Luego llegó la segunda amenaza y después la tercera. Ahí el miedo nos pudo más

y decidimos que era el momento de irnos. Dicen que lo amenazaron porque habían visto a mi esposo hablando con la guerrilla, los militares y la policía.

Mi esposo se fue primero; yo me quedé para organizar lo que se pudiera para irme también. Empecé a vender las cosas que teníamos, tanto de la casa como de los negocios. Finalmente, ocho días después, mis hijos y yo salimos del pueblo.

A mis dos hijos los envié a una vereda cercana donde estaba la abuela y con mis dos hijas tomamos una flota a Bogotá, donde estaba mi esposo. Llegamos a las 12 de la noche y tuvimos que esperar con hambre y con frío hasta las 11 de la mañana a que llegaran por nosotras.

Mi cuñado nos recibió en su casa. Al principio fue un alivio pues teníamos dónde quedarnos,



pero al poco tiempo todo cambió porque mi cuñado se quejaba de mis hijas. Con mi esposo empezamos nuevamente a vender comida, pero esta vez en un puesto ambulante. Vendíamos tamales, maíz y arepas. Con eso nos defendíamos. Mis hijas entraron a estudiar, mi hijo mayor, que había llegado después que nosotros, no corrió con la misma suerte y no pudo entrar al colegio.

Tiempo después, entré a trabajar en una casa de familia. El señor y la señora eran personas amables y muy especiales. Invitaban a mis hijos a salir los fines de semana, me iban a ayudar a comprar una vivienda e incluso me habían dicho que los muchachos podrían acceder a una beca cuando terminaran el bachillerato.

Todo parecía estar cambiando para bien. Sin embargo, el infortunio de manera inesperada tocó mi puerta nuevamente. Un día, en el que me encontraba trabajando como cual-

quier otro, sonó el citófono del apartamento, al otro lado de la línea estaba el portero del edificio, quién me informó que a los niños de los patrones los habían devuelto del colegio. Eso me causó extrañeza. Bajé a la portería y en efecto, allí estaban los niños. Ahí empezó la historia más inverosímil. Volvió a sonar el teléfono, contesté, era la voz amenazante de un hombre diciéndome que iba a secuestrar a los niños. Las autoridades intervinieron y lograron capturar a la persona. Resultó ser el esposo de la anterior empleada de la familia que, sin explicación alguna, dijo que nos conocíamos y me quiso involucrar en lo que él había hecho. Finalmente no levantaron ningún cargo en mi contra pero me despidieron, pues consideraban que ya no era alguien en quien se pudiera confiar.

Así que nuevamente nos vimos en grandes dificultades, sin empleo todo era más difícil. A veces trabajaba por días haciendo el aseo en casas de familia, pero no era suficiente para cubrir



nuestros gastos. Esto me generó mucha angustia pues la comida escaseaba y además la familia se había fracturado porque ya no parábamos en la casa. El panorama cambió cuando mis hijos empezaron a trabajar, por eso decidimos mudarnos de la casa de mi cuñado. Sin embargo, mi esposo decidió regresar con su hermano que lo convenció de que nos abandonara.

Un señor, en una de las casas que estuvimos, me contó un día que el gobierno ayudaba a las personas que habían sido desplazadas como en mi caso, así que hicimos la declaración del desplazamiento mucho tiempo después, pues no sabíamos de ello. Al hacer la declaración nos fue bien, la doctora que nos atendió fue muy amable, pero para las entregas de las ayudas todo era muy complicado. Con un grupo de personas del barrio, que también eran desplazadas, caminábamos tres horas hasta el punto de atención,

siempre todo era muy demorado y las ayudas llegaban cuando ya estábamos ahogados con los gastos. Nos decían que las entregaban cada tres meses, pero lo cierto es que nos llegaba cada seis e incluso un año después.

Me postulé para un subsidio de vivienda. Estaba en el Tolima cuando me llamaron para avisarme que me iban a entregar una casa. En ese momento me sentí feliz, pero la realidad fue otra, pues en el conjunto en donde nos asignaron la casa hay mucho vicio, inseguridad y eventos de violencia. Igual, allí vivimos hace dos años. Nos organizamos y aprendimos a vivir nuevamente en el conflicto. Por las ollas de narcotráfico se vive con mucha desconfianza. Sin embargo, ahora hago parte de un grupo de mujeres con las que he aprendido muchas cosas y hemos realizado otras actividades. La vida continúa.





El rescate de la finca

María Eugenia

Yo vivía en una vereda con mis cuatro hijos y mi esposo. Él era una persona muy alegre y muy buena en todo sentido. Allí, yo cocinaba para los trabajadores y cuidábamos ganado. También trabajaba vendiendo tamales con diez señoras en una caseta de la Alcaldía. En ese punto de la vereda pasaba mucho la guerrilla y mi esposo se hablaba con ellos. Con el tiempo, la gente le cogió envidia por su modo de ser.

Un año después de estar ahí, un día, para celebrar el Día del Campesino, fui al pueblo y mi esposo se quedó con los niños en la vereda. A las once de la mañana él también llegó al pueblo a hacer el mercado y fue a esperarme a la casa de su papá, pero como yo me demoré decidió irse para la vereda a encontrarse con los niños, con tan mala suerte de que lo estaban esperando para llevárselo. Eso fue más o menos a las seis de la tarde.

El día que lo cogieron llegaron dos personas de la guerrilla a nuestra casa, en donde estaban los niños solos. Pensando que mi esposo estaba







ahí, empezaron a silbar para que saliera. Los niños abrieron y no vieron a nadie, los guerrilleros estaban escondidos pero rápidamente se metieron a la pieza y empezaron a revolver todo. Estaban buscando un celular que supuestamente el comandante del ejército le había dado a mi esposo para comunicarle todo sobre la guerrilla. Era mentira. Mis hijos se escondieron detrás de la casa, en medio de los cultivos de mora, a esperar a que nosotros llegáramos. Lo que mis niños no sabían era que la guerrilla ya había capturado a su padre.

A mi esposo lo tuvieron toda la noche en una casa abandonada, pero él, a pesar de que tenía las manos amarradas con una cabuya, logró escaparse. Llegó a una casa pidiendo auxilio pero no le abrieron. Ahí fue donde lo cogieron y lo degollaron. Dicen que el que lo mató era su mejor amigo. Me enteré de eso porque al cumplir tres días de muerto, una sobrina del asesino me contó cómo había pasado todo.

Lo triste es que en el momento en que mi esposo falleció, su familia y su papá, quien según dicen también tuvo que ver con su muerte, me echaron la culpa a mí. Decían que yo pagué para que lo mataran, pero eso era para quedarse con la finca.

Mi suegro es una persona muy mala, a los cinco días de haber muerto mi esposo empezó a decir que todo era suyo, que yo no tenía nada y que si yo iba a la finca me sacaría a machete. Él se quedó con todo lo que había dentro de la finca, ni siquiera nos dejó sacar la ropa y luego, la mandó a quemar.

Esa finca donde vivimos durante catorce años se la había comprado mi esposo a su papá, pero nunca se hicieron las escrituras y a pesar de que nos fuimos a demandas no se podía hacer nada porque mi suegro mostraba la escritura y decía que él era el dueño.



Un día, el inspector que llevaba el caso, me dijo que intentara buscar algo que demostrara que mi esposo había pagado por la finca. Yo no recordaba que hubiese algún documento, sin embargo, fui a mi casa y revolqué por todo lado. Del armario cayó una carpeta con un papel que demostraba que mi esposo era el dueño, yo había olvidado por completo que ese papel existía.

El alma me volvió al cuerpo al encontrar el papel. El documento tenía firma de testigos y la firma de la Notaría con sello y con todo lo necesario para demostrar que mi suegro le había vendido la finca a mi esposo. Llevé ese papel a la oficina de Restitución de Tierras y en este momento sigue abierto el proceso y todo gira a mi favor. La familia de mi esposo sabe que con ese documento no me pueden quitar la finca, pero como no quieren perderla me insultan, dicen que no tengo derecho a ir allá y a la gente del

pueblo le dicen que yo les voy a robar la tierra. Cuando nos ven, nos tratan mal a mí y a mis hijos. Nos tildan de asesinos.

Luego de la muerte de mi esposo, me fui con mis hijos donde una hermana en Puente Piedra. Fueron días muy difíciles. Recuerdo que muchas veces tuvimos que acostarnos con una aguade-panela en el estómago y nada más, pero con la ayuda de Dios pudimos salir adelante. Hace dos años vivimos en Bogotá, en el barrio Rincón de Bolonia, en un apartamento que nos dieron, pero allí hace mucho frío y me duelen bastante los huesos.

Yo creo que el dolor es el reflejo de la tristeza que llevo en el alma, porque, al mes de haber muerto mi esposo, murió mi mamá y seis meses antes había muerto mi hermano. El dolor es síntoma del miedo con el que vivo porque cuando cogieron a mi esposo también iban por mí.





Amar la tierra y tener que dejarla

La Pecosa

En alguna vereda de Cundinamarca vivía la familia Laredo Lima. El esposo trabajaba con una ruta escolar transportando jóvenes hacia el colegio, eran felices con su vida en el campo. En el año 2001 llegaron unas personas extrañas a la casa y le pidieron al señor Laredo que los transportara, él les dijo que no, que no iba a transportar a nadie pero que él les dejaba el carro, así que se lo llevaron. Su esposa no pudo denunciar que se habían llevado el carro porque si lo hacía mataban a toda la familia.

Pasaron tres días y el 27 de marzo las autoridades detuvieron al señor Laredo y lo acusaron de ser comandante guerrillero de la zona y de otros delitos como extorsión y secuestro. Se lo llevaron para Bogotá solo para darle prensa y convertir su captura en un acontecimiento mediático. Al señor Laredo lo mostraban en las noticias de los canales de televisión en la mañana, tarde y noche. Por esa causa, la familia Laredo recibió todo





tipo de acoso por parte de la gente e incluso del ejército que los vigilaba todo el tiempo. Los acusaban de ser guerrilleros, los maltrataban y nunca les dieron el beneficio de la duda. La señora Laredo sentía que era injusto y se sentía muy ofendida e impotente, pero ya el daño estaba hecho.

Mientras el esposo estaba en la cárcel, la señora Laredo quedó sola con tres hijos menores. Ella no trabajaba y se dedicaba a cuidar a sus hijos. Se sentía con rabia, ira y tristeza de ver cómo las personas de su comunidad juzgaban a su familia. La familia Laredo se fue volviendo agresiva y siempre estaban a la defensiva por la persecución constante de miembros del ejército, que les hacían seguimiento de lo que hacían y de para dónde iban. Ella visitaba cada ocho días a su esposo y le llevaba frutas, comida y ropa. En esos viajes el ejército hacía retenes, le pedían papeles y en la entrada a la cárcel la molestaban porque vivía en una zona roja o guerrillera. A

pesar de que la trataban como guerrillera, ella les decía que no se avergonzaba de dónde era y que no tenía nada que ocultar.

En una de las visitas a la cárcel se enteraron, por boca de un comandante paramilitar, que a la familia Laredo Lima los tenían en la lista para exterminarlos. La información venía del Batallón del ejército de la región, lo que significaba que los militares eran quienes daban órdenes a los paramilitares. A pesar de todo el miedo y la injusticia, la señora Laredo y los hijos siempre recibían el apoyo de la familia para salir adelante, pues eran los únicos que creían que todo era una mentira bien armada en su contra.

Pasaron cuatro años. A finales de 2004 el señor Laredo quedó en libertad y fue absuelto, pues la Fiscalía no tenía pruebas y nunca le pudieron comprobar nada. Siempre dijo la verdad: él no era ningún comandante guerrillero ni era culpable de los delitos de los que le





acusaban. Sin embargo, ya el daño estaba hecho. El señor Laredo regresó al pueblo con su esposa y sus hijos, pero no podían encontrar la tranquilidad. Ante tantas amenazas de muerte el señor Laredo tuvo que desplazarse en 2005, razón por la cual ella volvió a quedarse sola con sus hijos. No podían creer lo que estaban viviendo, a pesar de que la justicia le había dado la razón y la libertad al señor Laredo, seguían sufriendo persecuciones y amenazas, especialmente de los paramilitares.

La señora Laredo no quiso irse con su esposo al destierro, pues no quería llegar a las calles de la ciudad a mendigar alimento o vivienda y a vivir en la pobreza. Para ella la vida de campo siempre fue muy bonita, pues a pesar de que los actores armados hacían presencia en la zona, se vivía con tranquilidad. No existía ese afán y preocupación de estar temprano en casa o encerrarse, pues se podía andar libremente hasta altas horas de la noche. Los Laredo po-

dían mirar el firmamento, esos atardeceres tan hermosos, el olor a eucalipto cuando venía de la finca y el olor a mapuro que a la señora Laredo le fascinaba. El cantar de las aves y el olor a campo son tan indescriptibles que solamente quien vive ahí lo puede entender. Así que la señora Laredo siempre había vivido en su casa, en su pueblo, en su vereda, en su territorio, tan arraigada que no se imaginaba viviendo en la ciudad. Siempre será una persona del campo por más adversidades que tenga que pasar.

Frente todos los hechos, los Laredo Lima hicieron su declaración ante la Personería y fueron incluidos por el Estado en el registro de víctimas. La señora Laredo y sus hijos fueron incluidos en Familias en Acción y recibieron ayuda de Acción Social por ser víctimas del desplazamiento y amenazas. Así fue como ella empezó a enterarse de las entidades que ayudaban a las personas víctimas del conflicto y con mucho empuje y fortaleza empezó a formarse a



través de cursos del SENA y a participar de las mesas locales de víctimas. Después de muchos años, había hecho varios diplomados y había participado en varios programas del Gobierno. Así ella podía obtener algunos recursos para seguir sosteniendo su hogar mientras que su esposo estaba en el desarraigo.

En varias ocasiones el señor Laredo intentó retornar al pueblo. En 2009 lo hizo y recibió amenazas por medio de un panfleto, al que no le creyeron. Sin embargo, el mismo día que dejaron el panfleto mataron a un muchacho que también aparecía en ese panfleto, por lo que el señor Laredo volvió a desplazarse y a separarse de su familia. Unos años antes, en 2003, habían asesinado al hermano del señor Laredo porque se parecía mucho a él. Aunque la familia nunca quiso investigar esta muerte, todos creían que era obra de paramilitares por las amenazas al señor Laredo.

Durante todo este tiempo los hijos de la familia Laredo crecieron y el hijo varón se fue muy joven para la ciudad. Pasó muchas dificultades pero gracias a Dios encontró personas buenas en su camino. Hoy en día es mecánico de Diesel y es independiente. Las dos hijas de la familia también crecieron y se volvieron independientes.

Cuando el señor Laredo por fin pudo volver al pueblo, vivía solo con su esposa. Por un tiempo creyeron que podían seguir viviendo juntos y tranquilamente en su comunidad. No fue así, el jueves santo de 2016 al señor Laredo le hicieron un atentado, hecho que lo hizo desplazarse definitivamente.

El señor Laredo llegó a Bogotá la primera semana de abril del mismo año y a la señora le tocó quedarse en el pueblo porque no tenía adonde llegar. La señora Laredo era feliz en el



entorno en el que vivía porque era campo y tenía a su familia cerca y a los conocidos de toda la vida. Finalmente ella también tuvo que desplazarse. Tener que salir y dejar su casa, dejar todo y llegar a un mundo que no conocía, le dio muy duro. Lloraba durante el día y también durante la noche al ver que no tenía amistades con quien hablar y compartir. Su familia estaba lejos y como no tenía plata para ir a visitarla, le tocaba quedarse encerrada con la compañía de su perra.

Para el año 2016 a la familia Laredo Lima le entregaron un apartamento en Bogotá al que se habían postulado años antes. Se fueron a vivir al Rincón de Bolonia. La señora Laredo lleva dos años en Bogotá con su esposo. Aprendió

a vivir en la ciudad. No ha superado mucho lo del desplazamiento, pero ha aprendido a verle el lado positivo a todas las cosas malas que le han pasado a su familia. En la ciudad, la señora Laredo sigue participando en la mesa de víctimas, trabajando para que las personas que como ella han sufrido la violencia tengan una mejor calidad de vida. Ella sigue capacitándose y actualmente se está preparando para hacer el proyecto productivo de donde pueda obtener una utilidad. Al señor Laredo por la edad no le dan trabajo y psicológicamente está muy afectado por todo lo que le pasó. Sin embargo, se sigue apoyando en su esposa y ella en él, pues lo más importante es que siguen juntos y vivos a pesar de todas las adversidades.





La mujer del saco rojo

Luz Puertas

El pueblo en que vivía era pequeño. En la calle principal había una iglesia, al lado quedaba la casa de mis padres, en donde yo vivía. Enseguida de nuestra casa estaba la casa del inspector, luego la estación de policía y la inspección, donde yo trabajaba como secretaria. Cuando inicié mi trabajo como secretaria los problemas más graves que se solucionaban eran chismes entre señoras o robos de gallinas.

Sin embargo, para el año 1996, la tranquilidad del pueblo se había transformado en una pesadilla, en especial para mí. No sé exactamente en qué momento todo se transformó, aparecían personas muertas en distintas circunstancias y en los alrededores del pueblo. Todas esas muertes me tenían muy perturbada, pues debía ir con el inspector de policía a hacer los levantamientos de los cadáveres. Cada vez que me tocaba ir lloraba mucho, los nervios, la angustia y el desespero me invadían. Para mí era duro ver personas muertas de forma violenta y aunque





no los conocía sufría mucho, hasta el punto de perder el apetito y dejar de comer.

Los únicos momentos que tenía para olvidarme de lo que había visto eran cuando me iba a estudiar al municipio más cercano. Viajaba todos los fines de semana y regresaba los lunes a la inspección para trabajar. Cansada de pagar por transportarme, decidí aprender a manejar moto y comprarme una.

Un día, un amigo se ofreció a enseñarme a manejar moto a la salida del pueblo. Era una trocha, pero aún así me llené de confianza y lo hice. Yo iba conduciendo, de repente perdí el control y me estrellé con un carro que estaba estacionado a un lado de la carretera. Al lado del carro había unos hombres que tenían a dos personas amarradas con la cabeza

metida en costales, por sus lamentos sé que estaban vivas pero el susto y la angustia no me permitieron ver más.

En el instante en que caímos, dos de estos hombres nos agarraron a golpes y nos sometieron en el suelo boca abajo. Mientras nos aprisionaban la espalda con el pie, yo lloraba y les suplicaba que nos dejaran ir. “Estos hijueputas sapos entrometidos, más les vale que se callen, no busquen la muerte porque ya saben cómo les va a los sapos, en dos minutos los queremos lejos de aquí”, fue lo que nos dijeron para soltarnos. Rápidamente nos paramos apoyándonos el uno en el otro y nos fuimos mientras veíamos cómo destruían la moto. Como pudimos llegamos al pueblo, adoloridos y sin decir nada de lo ocurrido, nos despedimos. Llegué a la carretera, tomé el bus que me llevaba al pueblo donde pasaba los fines de semana con mis hermanas. Yo solo quería alejarme de allí, sentía que esas





personas me iban a hacer mucho daño y no me equivoqué, pues a partir de ese momento empezaron las amenazas que continuaron durante mucho tiempo.

La presión y la incertidumbre me hacían vivir en una pesadilla constante. Fue tanta la zozobra y el miedo de las amenazas que decidí retirarme del trabajo. Pero la situación no pararía ahí. Una noche estaba con unos amigos en un kiosco, de repente la luz se fue y sonaron tres disparos. Mis amigos y yo nos tiramos al suelo y como pudimos salimos del lugar. Esa noche tomé la decisión de abandonar el pueblo.

Así fue como llegué a Bogotá. Comencé a trabajar en una casa de familia, enfrentando una vida dura, difícil y sin ninguna oportunidad. Después conocí al papá de mis hijos con quien pasé años mal vividos enfrentando maltrato físico y psicológico. Con el tiempo

me transformé en una mujer triste y apagada que vestía todos los días un saco rojo.

Mi hija me decía muy triste que parecía una foto porque siempre me vestía con el mismo saco. Pasaron los años y decidí quedarme sola con mis cuatro hijos que dependían completamente de mí. Fui cayendo en la depresión, no tenía ganas de seguir luchando.

Un día, una amiga me pidió que la acompañara a una cita médica, yo acepté y cuando llegamos al lugar, me quedé afuera perdida en el verde de aquellas montañas que rodean al viejo pueblo de Usme, un lugar de calles estrechas, con una iglesia y un parque. El olor a boñiga y a pasto me remontaron a mi niñez.

Mientras me refugiaba en mis recuerdos se me acercó una mujer que inmediatamente me devolvió a la realidad. —Mi nombre es Dolly, soy psicóloga y trabajo aquí, mucho gusto—. Sorprendida la miré mientras pensaba: ¿será



que estoy loca? Ella sonreía y seguía hablando, —¿te sorprende la forma en la que te abordo?, mira esta es mi identificación, yo nunca manejo así a mis pacientes —dijo— pero algo que no sé cómo explicarte me atrajo a ti, tú me necesitas, ¿aceptas que sea tu psicóloga?.

Mirándola fijamente le dije: mi nombre es Luz Puertas y sí, quiero que lo sea.

Desde ese momento comencé mis terapias, cosa que agradezco porque gracias a ellas pude sacar todo el miedo, la tristeza y la angustia que me sumergían en la depresión. En ellas pude sacar todo aquello que me dolía y que me hacía daño, a través de la escritura. Escribiendo. Escribiendo puedo hablar de todo lo que un día sólo podía callar.



HEINEMEN
PONQUES, DOUCES
PAQUETES
CERVEJA
CERVEJA



BOM BOM
PAQUETES
JACO
LI
PLUS





Los sufrimientos de la vida

Alondra Errante

Cuando era niña trabajaba sembrando yuca, maíz, ahuyama y tomate. Me tocaba comprar los cortes de hoja de plátano y trabajarlos en rollo para viajar a Neiva y venderlos, y así ayudar a mis hermanos y a mis padres, de quienes nunca recibí cariño. Recuerdo que con mi hermano cargábamos agua y leña en una burra y recorríamos casi dos kilómetros hasta el Río Magdalena, distancia parecida a la que caminábamos para ir a la escuela. También recuerdo que cuando no hacíamos los oficios de la casa nos pegaban.

Cumplidos los 10 años decidí decirle a la profesora de la escuela que si ella me regalaba los cuadernos y el uniforme yo me iba con ella, le ayudaba con su bebé y con los quehaceres de la casa, todo con el objetivo de seguir estudiando. Así lo hice y pasé dos años con la profesora, pero luego regresé con mis padres porque mi mamá estaba embarazada y me tocaba cuidarle la dieta. Cuando cumplió la dieta me fui a trabajar a una casa de familia para





ayudarle a mis hermanos menores. Todo mi salario se lo dejaban a mis papás ¡qué tristeza! Cuando me aburría, la señora que me empleaba me daba dulces para que se me pasara el aburrimiento y pudiera seguir trabajando.

A los 14 años era admirada por los muchachos del pueblo. Un día me tocó ir a traer agua en la burra, en el camino me encontré un muchacho y nos pusimos a conversar. Mi mamá me vio hablando con él y se enojó conmigo. Cuando llegué a la casa había un señor tomando gaseosa en la tienda que tenía mi madre. El señor me saludó, le preguntó a mi mamá cuánto le debía, ella contestó que nada. En ese momento le dije a mi mamá que me regalara una gaseosa y ella me la negó. Yo le dije: ¿cómo para regalar si tiene y yo que tengo hambre no recibo nada de usted?, ella, sin pensarlo, se abalanzó sobre mí para pegarme, pero no pudo cogerme. Eché a correr y me fui para una loma, allí me quedé toda la tarde. Se

hizo de noche y le pedí posada a una tía que me dejó quedar en el zarzo de la cocina.

A eso de las cinco de la madrugada mi mamá llegó a buscarme, me agarró del pelo y me llevó para la casa, en donde tenía una manila colgada, me la colocó en la nuca, me colgó y me pegaba con la punta. Yo le pedía que me soltara pero ella me pegaba con sevicia. Me estaba quedando sin aire, yo intentaba soltarme para poder respirar.

En ese momento llegó una comadre de mi mamá que le dijo: “comadre, suéltela que la está matando”, a lo que mi mamá respondió: “que se muera porque me tiene aburrída”.

Después de la golpiza, ella le contó a mi papá que yo no había dormido en la casa, él me llevó a la sala y me dio tres fuetazos, dos en las piernas y uno en la nuca que me dejó inconsciente. Un hermano mayor se convirtió en mi guardaespaldas, me vigilaba día y no-



che para que no me fuera a escapar. Un día, hubo un accidente y cuando todos se fueron a chismosear yo cogí un carro y me fui. Con mis ahorros llegué a Bogotá, en donde me comuniqué con una muchacha de la vereda que fue a recogerme y me ayudó a conseguir trabajo en donde una hermana de su patrona. Allí trabajé un año, hasta que ella le contó a mi mamá en donde estaba yo. Con sorpresa vi llegar a mi mamá a la casa en la que trabajaba, yo no le hacía falta, lo que quería era el dinero que me ganaba y que le cuidara la dieta porque estaba embarazada nuevamente. Así fue como, a mis 16 años, me devolví para el pueblo.

No podía tener amigos porque me pegaban, además sufría por la violencia de mi padre que cuando se emborrachaba llegaba a la casa a buscar dinamita, que tenía por su trabajo en mampostería, y nos amenazaba diciendo que iba a estallar la casa y que solo quedaría satisfecho cuando nos viera volar en pedazos a todos.

Dicen que mi papá actuaba así guiado por los celos pues en el pueblo le habían dicho que aquel hombre que un día estaba tomando gaseosa en la tienda de mi mamá, era su amante. Yo cuidaba a mis seis hermanos.

Vivía con mucho temor y por eso me volé con el marido que tengo ahora. Buscando refugio, amor y tranquilidad me fui con él para la cordillera. Allá había muchos guerrilleros que visitaban nuestra finca buscando que les vendiéramos gallinas para que les hicieran de comer. También había soldados que constantemente nos preguntaban si teníamos información sobre la guerrilla.

Estábamos asustados porque nos acusaban de encubrir a la guerrilla y nos decían que nos iban a matar, por eso nos fuimos.



Llegamos a la casa de la mamá de mi marido, en donde tuve a mis tres hijos. La vida me dio el golpe más duro de todos cuando un carro mató a mi hijo mayor que estaba intentando salvarle la vida a su hermano. Fue una prueba muy dura, yo le pedía a Dios que me diera fuerzas para soportar al destino. Lo único que me daba valor para continuar eran las visitas del cura que me daban paz interior. Intentando llenar el vacío que me dejó la muerte de mi hijo me puse a tener más, buscando un hijo parecido a él. Tuve ocho hijos.

Mi suegra, que fue como una verdadera madre pues era comprensiva y me valoraba, me incentivó a comprar una casa en la siguiente vereda y allí pude tener mi propia tienda. A doscientos metros del negocio quedaba la estación de policía. Yo le vendía comida a los policías, pero la situación era bastante complicada, pues empezaron las tomas de la guerrilla a la estación y mi casa se había convertido en una trinchera.

Por las tomas, a mi familia y a mí nos tocó encerrarnos durante días y noches, muy asustados y a veces sin comida. Un día el comandante de la guerrilla nos citó para advertirnos que no permitiéramos policías en la casa, que era el segundo llamado que nos hacían. Nosotros les decíamos que por la pobreza que teníamos nos tocaba venderles la comida y que la tienda era muy pequeña y era lo único que nos ayudaba en ese momento. Le dije al comandante que mi esposo estaba muy enfermo y que yo era la única que sostenía a la familia, pero no le importó.

Por otro lado, también nos visitaban los paramilitares y nos amedrentaban bajándose de las camionetas y apuntándonos con sus armas. Como dos de mis hijos prestaban el servicio militar, uno en la policía y el otro en el ejército, nos tildaron de sapos. En una ocasión, llegaron a mi casa varios hombres en moto a patear las puertas y a decirnos: “sapos



hijueputas, tienen tres días para irse de aquí. Si volvemos y no se han ido, los matamos”.

Al anochecer llegamos a Bogotá, una ciudad en la que he vivido momentos difíciles con mi familia. Extraño mucho el campo porque allí se respira aire puro. En Bogotá me he capacitado en el SENA haciendo muñecas, también me he formado en política pública y derechos humanos; todo esto para prepararme un poco, ocupar la mente y no recordar los momentos tristes. Me capacité también en confección de sudaderas, pero no tengo una maquina plana. Además, participo en un

cabildo, en donde comparto con compañeros y compañeras mi experiencia, lo cual me permite disipar las tristezas que a veces me atormentan.

Actualmente vivo en una casa de dos pisos, en el primero vive una hija y en el segundo vivo yo con dos de mis hijos varones, mi esposo y mi nuera que es como si fuera una hija más. Quisiera tener algo en qué ocuparme para producir dinero porque ya me volví vieja y no tengo nada para mi vejez. Lo único que tengo es esperanza en que Dios sea el que me bendiga a mí y a mi familia.







Las injusticias de la vida

Rosa Pava

Vivía en un pueblo en el que había mucha violencia. Debido a la guerra todos los días las familias lloraban a sus muertos. Yo tuve que llorar a mi papá que murió en el conflicto. Después de tres años de su muerte, mi hermana, que estudiaba en un colegio del pueblo, recibió un golpe en la cabeza con un balón, lo que le generó un tumor que la llevó a la muerte en pocos meses. Tiempo después, los grupos armados mataron a dos de mis hermanos. Desde ese entonces vivo con dolor en mi alma.

Pasaron los años y al ver que no lograba superar tantas muertes por causa de la violencia, tomé la decisión de irme para Bogotá sólo con mi ropa. Estaba sola, era joven y no conocía a nadie en la ciudad más que a un hermano que me recibió en su casa. Empecé de cero. Comencé a trabajar en una casa de familia, pero el pago y el trato eran muy malos. Luego conseguí otro trabajo, pero siempre me acompañaba mi tristeza, mi dolor en el alma que no me dejaba ser feliz.





Tiempo después conocí a un hombre joven y me ilusioné con él, pero de esa relación solo recibí problemas. La familia de él no me quería, pero aún así seguimos juntos hasta que quedé embarazada de una niña, a la que llamamos Yalena. Durante el embarazo él me abandonó, luego volvió para darle el apellido a mi hija. Sin embargo, sus intenciones no eran buenas, él no me dejaba tranquila. Pasado un tiempo, llegó nuestro segundo hijo a quién llamamos Kevin. Cuando mi hijo tenía 4 meses, nuevamente él nos abandonó y esta vez se fue de mi vida para siempre.

Yo lo demandé, pero él nunca respondió porque la justicia de Colombia es mediocre y aquí no obligan a los padres irresponsables a responder por sus hijos. Creo que ese desapego también es una forma de violencia y maltrato hacia los menores de edad. No es justo que los niños paguen con sufrimiento y pasando necesidades económicas, psicológicas y emocionales

por causa de las malas decisiones de los adultos. A nosotras, las madres cabeza de familia, nos han hecho perder tiempo y plata demandando a esos hombres que no quieren a sus hijos. Las leyes son para cumplirlas y no para causarle sufrimiento a los menores de edad.

A mí me ha tocado hacer dos duros papeles, el de padre y el de madre, para sacar a mis hijos adelante. Hoy en día los tengo estudiando con la esperanza de que lleguen a la universidad para hacer una carrera que les brinde un mejor futuro y que les permita darle a sus hijos una vida más estable para así romper con la maldición del abandono.

Cuando salí de mi pueblo pensé que huía de la muerte y de la violencia, pero en Bogotá me encontré con otra que es peor: el maltrato a las



mujeres y a los niños. Tanto en mi pueblo como en la historia del padre de mis hijos, siempre sentí que la justicia no existe. Es una mentira del Estado decir que estamos en paz. La paz no existe porque la paz empieza en casa.

Siempre quise que mi vida fuera diferente. Quería estudiar derecho, pero no tuve los recursos económicos para hacerlo. Ahora, mi sueño es tener una casa propia, un negocio y una vida estable, sin ninguna preocupación económica. Deseo tener el pan de cada día y que mis hijos puedan estudiar tranquilos, sin esa inestabilidad de estar pensando qué voy a

hacer mañana sin un trabajo estable, sin esperanza de un cambio.

Es frustrante ver que mi vida aún no ha cambiado, que no hemos dejado de sufrir la humillación de vivir para arriba y para abajo pagando un arriendo y que la esperanza de salir de este estado tan vulnerable muchas veces se nubla. Me gustaría despertarme una mañana y vivir otra realidad en la que no me sienta sola, triste y abandonada. Espero que Dios, que siempre ha estado conmigo, tenga misericordia de mí y me siga abriendo las puertas del camino para cumplir lo que quiero.







La triste historia de mi hermano

Rosmira Jaimes Solano

Vivía con mis abuelos paternos, mis tíos, mi hermano y mi hermana en una finca a la orilla del Río Arauca, un río hermoso de agua cristalina y con abundancia de peces. Recuerdo cuando salíamos a pescar y que al caer el sol mi abuela nos contaba historias y anécdotas de su vida que nos hacían reír. Eran tiempos muy felices. En 1984, cuando yo tenía 14 años, falleció mi abuela. Ese acontecimiento hizo que nuestras vidas cambiaran y tomaran un rumbo diferente. Mi hermano y yo nos separamos, él se fue a vivir con mi tío y yo me fui con mi tía.

Con el paso de los años, mi hermano empezó a trabajar en Ecopetrol. Una tarde, mientras compartía en una tienda con sus compañeros de trabajo, pasó lo peor. Un grupo de encapuchados llegó a matar al dueño del negocio y en el atentado una bala perdida le atravesó la cabeza a mi hermano, quien murió inmediatamente. Desde ese día en mi vida hay solo tristezas. Mi hermano vive en mis recuerdos, así como el Río Arauca.





Han sido muchas cosas tristes las que ha visto el Río, con el tiempo el agua se volvió sucia y murieron los peces. La tristeza, por ejemplo, de ver como unos encapuchados se llevaron a un grupo de muchachos para quitarles la vida, lo hizo secarse. Han sido tantos los muertos que de gota a gota el Río se secó

de dolor. Gracias a Dios el tiempo ha pasado y mi vida, junto con la de mis hijos y mi esposo, ha mejorado. La del Río también parece ir por buen cause. Hace poco fui a visitarlo, está crecido, tiene grandes vertientes y aunque existen pocos peces, por lo menos está en movimiento.



crónicas de acompañantes







La marca del corazón

Sharit Kapera

Todo empezó en el 2000 cuando mi mamá se dio cuenta de que estaba embarazada de mí, ¿Y adivinen qué? El embarazo no era deseado. Mi papá se gastaba todo lo que se ganaba tomando con sus amigos y con otras mujeres. Mi mamá, mientras tanto, se quedaba en la casa con mis hermanos y conmigo en la barriga. A veces, mi papá llegaba a la casa borracho y le pegaba.

Cuando llegó la hora del parto, trasladaron a mi mamá a Chaparral, Tolima, el pueblo más cercano a donde vivíamos. Los médicos dieron nos una noticia que no esperábamos, la vida de mi mamá y la mía estaban en peligro. Mis hermanos y mi tía decidieron que mejor salvaban la vida de mi mamá, pero ¡sorpresa! al final las dos logramos vivir.

Dos años después de nacer, mi papá nos abandonó por otra mujer. “Ahí les dejo ese pedazo de tierra, ustedes verán si se dejan morir de hambre”, fueron sus últimas palabras antes de desaparecer sin dejar rastro.





Desde ahí las cosas se pusieron peor para mis hermanos y para mí; la situación fue tan dura que a veces mi mamá nos mandaba al monte a buscar “cachas” para comer.

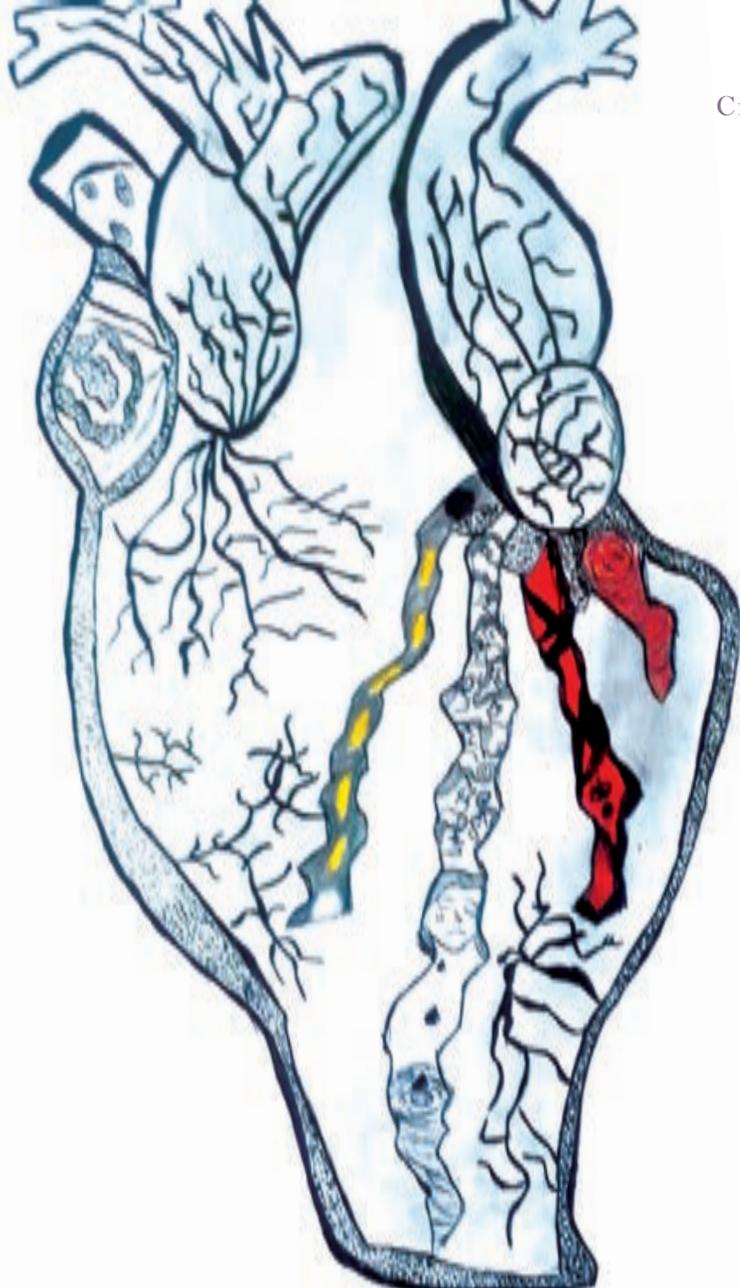
El tiempo pasó y yo ya estaba en la escuela. Un día, un amigo me dijo: — mire, ese es su papá— yo no le creí porque no lo reconocía y porque a mi mamá nunca le gustaba hablar de él, pero era verdad, sí era él. Yo lo abracé tan fuerte y de la alegría, los ojos se me llenaron de lágrimas. Esa alegría no duraría mucho porque a los tres días se fue y no supe nada más de él.

Luego, me fui dando cuenta de cómo eran las cosas, de la verdad. Después de la escuela siempre llegaba a mi casa a eso de las tres de la tarde. Un día, mi mamá, por primera vez en mucho tiempo, estaba hablando de mi papá y escuché todo: cuando nací, al verme, lo primero que mi papá dijo fue que “yo no

era su hija”. Un frío recorrió todo mi cuerpo, me sentí la peor persona del mundo, agaché la cabeza, me fui a la pieza y me recosté en la cama a llorar. Esas palabras rompieron mi corazón.

Cada día era una tristeza difícil de asimilar, buscaba refugio en otras personas, mis calificaciones en la escuela bajaron tanto que siempre tenía que estar en Coordinación. Ya no le veía sentido a nada por ser despreciada por mi propio padre. Lo único que me animaba era un ternero que mi mamá me había regalado desde que nació.

Cuando iba a cumplir 15 años las cosas iban igual, aunque el ternero ya había crecido y era un toro gigante. Un día mi mamá me dijo —necesito plata para pagar las deudas, ¿puedo



vender al toro? —, acepté que lo vendiera, ella me prometió darme otro ternero a cambio.

En esa época, mi hermana se vino a vivir con nosotros a la casa y creo que fue el peor error de la vida. Ella era una persona muy ambiciosa y al darse cuenta de que me iban a celebrar mis 15 años, se puso a inventar un pocotón de cuentos que mi mamá le creyó.

Yo no podía salir de la casa sola y sólo tenía que ir de la casa al colegio y del colegio a la casa. Era una situación muy incómoda porque no podía hablar con nadie y, además, mi hermana puso a mis otros hermanos en contra mía. Como era yo la única que estudiaba, ellos me reclamaban y me decían que me pusiera a trabajar. Me acuerdo de un día en el que yo estaba comiendo en la mesa, llegó mi hermano y me dijo —deje de comer, gorda, o busque quién le dé de jartar—. Mi mamá, que estaba presente, no dijo nada.



Mi corazón ya no podía aguantar más, era tan grande la tristeza que desde ese día supe que ese no era mi lugar y decidí irme de allí sin decir nada. He sufrido sola, pero me prometí no volver a la casa. Solo le pido a Dios que me guíe por buen camino. Ahora estoy con una persona que cambió mi mundo, lo quiero, me acompaña, pero siento miedo de que un día me destruya el corazón. Me siento sola, con-

fundida y sin respaldo porque mi familia me dio la espalda. Creo que nunca seré feliz en la vida porque siempre tendré miedo.

Por lo pronto, me dedico a estudiar para ser alguien en la vida y ejercer lo que más me gusta. Todo llegará a su debido tiempo y sé que Dios me tiene preparadas cosas buenas. A mi padre no lo perdonaré, él me dejó una marca en el corazón.





La maldición del abandono

Kevin Pava

Yo soy Kevin, nací el 25 de marzo del 2008. Según mi mamá, yo era un bebé feíto. Cuando tenía 7 años me di cuenta de que cuando grande quería ser piloto porque me gustan mucho los aviones y los aires. Existen muchos aires: el aire de la montaña, el de las nubes, el del mar y el del Dióxido de Carbono.

Después de que nací, mi papá se fue, pero mi mamá me ha dado todo lo que él no pudo darme: me ha dado amor, comida y me corrige en las tareas del colegio. Ella me quiere mucho, me cuida, me regaña y me pega cuando me porto mal, pero yo la entiendo porque me está corrigiendo.

¿Alguna vez te han abandonado?

El abandono es una cosa que a nadie le gustaría vivir. Ser abandonado por mi padre de sangre hace que sienta dolor y tristeza, me siento solo. A veces, sueño que me voy de este mundo a uno muy lejos lleno de







felicidad, en donde no hay dolor y en donde todos los días se puede ir al parque porque allí no hay maldad.

Le guardo rencor a mi papá y no lo quiero por abandonarme. Si lo volviera a ver le diría que lo odio, que se vaya y que no lo quiero por feo. Me causó mucho dolor... Tic Tac, así suena el reloj cuando las horas pasan y mi papá no me busca.

Todavía recuerdo que él me regaló una cobija y una almohada. La cobija era térmica y chiquita, tenía un dibujo de un osito. La almo-

hada era azul y tenía tres dibujos: Cars, Rey y Ramón, todos son carros. A pesar de todo, aún las uso y no sé por qué, si la cobija me queda chiquita y la almohada también.

Ahora me doy cuenta de que mi mamá es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es una lástima que mi papá se perdiera mi niñez. Si un día mi papá llegara y me pidiera una nueva oportunidad, le diría que en realidad no lo conozco y que no puedo quererlo. Aunque la verdad es que si él me buscara me gustaría que me pidiera perdón, que no me diera muchos regalos porque no los querría, esas son cosas materiales y lo que yo necesito es el amor de mi papá, un amor que no me puede dar.







Historia de mi vida

Nancy Yamile Jaimes

Cuando tenía quince años vivíamos con mi mamá y mi hermano en una finca en la frontera entre Boyacá y Arauca. Un día mi madre decidió irse para Venezuela y yo me fui con ella. Allá duramos trece años, primero viviendo en el campo y luego en Caracas, una ciudad bonita. Nos tocó salir de Venezuela por la situación crítica que se vive allí: todo está muy caro, no se consiguen alimentos y la gente pasa verdadera hambre. En Colombia hay más posibilidades de conseguir trabajo, menos escasez y tenemos más comida. Cuando nos vinimos, llegamos a la casa de la familia de mi mamá, mientras conseguimos una casita para vivir.

En una ocasión, mi tía fue a visitarnos y gracias a eso decidí pasar mis vacaciones con ella en Bogotá. Estoy feliz de estar con ella y con mis primos. Me gusta salir a la calle con mi tía, comprar cosas y compartir tiempo con Lucas, su perrito, con el que juego bastante. Ella vive en el barrio San Francisco en Ciudad Bolívar, un lugar con muchas casas y en el que hace frío.





Desde la casa de mi tía se ve el teleférico, estoy emocionada por montarme en él y espero alcanzar a hacerlo ya que debo volver con mi mamá.

Quiero regresar a Bogotá ahora en enero para hacer un curso de Defensa Civil en el que me inscribí y así hacer algo para cambiar mi vida.







Este libro es memoria de todos los procesos de resiliencia a través del arte, adelantados por un grupo de mujeres víctimas del conflicto en Colombia, pertenecientes a la Línea de Laboratorio del Programa Crea de Idartes. Su versión impresa fue entregada en el mes de noviembre de 2019 por la Imprenta Distrital de Bogotá.